

Sin tópicos

Sin tópicos.

"La guerra ha terminado". Las palabras de paz del Caudillo, se han repetido de nuevo estos días.

En toda lucha hay vencedores y vencidos. Pero se puede perder y dar un abrazo al compañero con quien se ha luchado.

Se ha dado el abrazo. Para todos terminó la guerra. Que fueron muchas las consecuencias y las cicatrices. Hoy todos luchan por el mismo ideal en una España de paz.

Paz para vencedores y vencidos. Vencedores todos. Los muertos dieron el ejemplo de un abrazo en común. Y los vivos han visto, desde dentro y desde fuera, treinta años de paz.

Sin tópicos.

Porque propios y extraños lo han admitido. España ha dejado atrás la literatura de leyenda negra. Treinta años de paz han dejado paso libre para que en el mundo se pueda hablar y escribir con envidia.

Sin tópicos.

No fructifica la semilla si antes no muere. Los campos de España se enrojecieron con la sangre de sus héroes. Los frutos abundan.

Aquí está Vizcaya, pionera en el sufrir. Pero ha fructificado la simiente. Ahora, Vizcaya en paz y privilegiada en el devenir histórico de España.

Cantamos victoria. Después de treinta años la cantamos todos, vencedores y vencidos. Se lo debemos a los que nos antecedieron. Y al Caudillo, que ha hecho realidad en toda su extensión su emocionado "La guerra ha terminado". Y al Gobierno, que ha ido cambiando de hombres, pero no de ideal. Y a los vencedores. Y a los vencidos, vencedores también.

Sin tópicos.

Porque la juventud, los hijos, los niños, han sido los principales beneficiados. "Tengo treinta años y he vivido en paz". Máximos vencedores. Por ello cantamos y celebramos el día de la Victoria. Algunos de nuestros padres perdieron la guerra pero han alcanzado la paz y la victoria.

"La guerra ha terminado". Con todas las consecuencias. Todos hemos vencido. Y el mundo ha sabido por España que la paz existe.

Treinta años de paz. Día de la Victoria para todos.

Los dirigentes d reconociendo que

No se llegó a cumplir jamás el anuncio que el Gobierno republicano hizo en la noche del 18 de julio de 1936 para aplastar el Alzamiento Nacional: "El Gobierno de la República —decía la nota oficial— doce horas tardarán en anunciar a la opinión pública que se ha restablecido la normalidad". Efectivamente la normalidad se hizo el 1 de abril de 1939, hace ahora treinta años justos, pero no lo comunicó sino el Gobierno Nacional de Franco, desde Burgos. Con esto no contaba, ni por asomo, el Gobierno republicano.

El Gobierno republicano, juzgando materialmente, lo tenía todo para triunfar. Por eso pudo decir Indalecio Prieto en una comunicación radial: "¿A dónde van esos locos? Lo tenemos todo: el oro del Banco de España, la mayor parte del territorio nacional, las provincias más ricas, la Escuadra... Todo". Era verdad. Lo tenían todo, menos una cosa: la fe. Y esa fe, lo único que abundaba en la zona nacional, hizo el milagro. El 19 de julio de 1936 el nuevo Gobierno, presidido por Giral, anunció al mundo: "El criterio de este Gobierno es que no cabe parlamento ni transacción con los sublevados y que se debe responder a la guerra con la guerra. Hay que armar al pueblo para que se salve la República". Y se armó al pueblo. Y no se salvó la República.

NO PODEMOS GANAR

LA GUERRA

Tres años después, derrotados en todos los frentes, el estado de ánimo de los hombres de la República, que encendieron con su política la guerra civil, era muy distinto al de aquellas noches del 18 y del 19 de julio de 1936. Nos lo van a contar ellos mismos. Van a hablarnos de la derrota, que es la victoria de la causa nacional.

El presidente de la República, Azaña, confiesa en sus "Memorias íntimas", el 12 de junio de

1937: "Mi opinión es que la guerra no puede desenlazarse a nuestro favor por la fuerza de las armas, convicción casi tan antigua como el problema y que no he ocultado a quienes debían conocerla... Nos estrellamos contra el muro de la no intervención... Hay que preparar políticamente el desenlace buscando los medios políticos que puedan alterar en nuestra ventaja la situación actual de

los factores de la guerra".

Pero no harán nada. No se cumplió el año de guerra y el presidente confiesa que la perderá el Gobierno de la República. Sin embargo, sigue el engaño. La lucha, la sangría de españoles. Es la política marxista.

El 17 de junio de 1937 escribe Azaña en sus "Memorias íntimas" esta confesión que hace a Ossorio y Gallardo: "Todos se han ido sin mi anuencia, sin

munita Jest que, mientras fiando al p que resistiera República. "plo Hernández rectivos com en dirección de marzo en franceses y a Murcia".

El entonces



El Generalísimo Franco fotografiado en plena campaña mientras atiende las operaciones bélicas

30 AÑOS DE PAZ

Por Bartolomé Mostaza

Una paz asediada y difícil, como la que España ha forjado en treinta años, merece su comentario. Los pueblos se labran y modelan en la paz; no en la guerra. Pero si en treinta años no se hubiera labrado y modelado el pueblo español (para emprender una larga etapa de recuperación histórica), entonces habría que pensar en los vicios de que esa paz había adolecido. En toda situación política hay vicios y virtudes, valores positivos y... valores negativos. (Aunque esto de hablar de valores negativos me parece un absurdo, pues si es valor, ya es algo positivo). La paz española, mantenida treinta años (casi un tercio de siglo) contra viento y marea, ha servido para cicatrizar las tremendas heridas (físicas y morales) de una guerra que no dio cuartel. Nadie quiere hoy en España volver a las andadas.

Pero la paz no consiste sólo en la ausencia de gue-

rra. Puede darse el caso de inexistencia de guerra y de inexistencia de paz verdadera, a la vez. No emito una hipótesis. La paz es algo más que el silencio de las armas. Ya lo dijo el lema latino: "Cedant arma togas". Y las togas son togas, porque amparan el derecho a hablar y expresarse dentro de una ley. O para ser más exactos: dentro de una normalidad jurídica. La palabra serena y libre de la verdad es el signo de la paz genuina. Naturalmente, la paz no está en contradicción con trances críticos de alerta. Como la salud (aún la más fuerte) no elimina las gripes pasajeras. El catarro se vuelve peligro, cuando se hace crónico. Yo me atrevería a decir que las crisis de la paz son testimonios de que la paz existe. Lo malo sería que la crisis se convirtiera, de contingencia, en estado permanente.

El pueblo español quiere y necesita la paz. La paz de

la toga. La paz civil, compartida por todos los sectores de la sociedad institucionalizada en un Estado de derecho. Quienes atenten contra esa paz plena, buscan en el río revuelto las oportunidades que no da el río sosegado y limpio. La paz bebe aguas puras. Y quiere aires desintoxicados de odios y conjuras para respirar a pleno pulmón. Los pacíficos son también claros y nobles de intención.

Estamos alerta, pero no alarmados; la paz es una dama recatada a la que enojan los gestos descompuestos, aunque sea para defenderla. En treinta años el pueblo español ha probado firmeza y deseo de convivir dentro de una norma cívica. Y ese logro no está dispuesto el pueblo español a perderlo. Paz alerta, pero sin alarma. Porque los alarmadores pecan por

carta de más, tanto como los dormidos pecan por carta de menos. Los unos escandalizan con sus toques de rebato, lo mismo que los otros descienden con su negligencia. Vamos hacia una paz más libre y dueña de sí misma, cada amanecer. Ni terror ni miedo. España es ya paz. Y lo que importa es desarrollar civilmente esa paz y meterla dentro de todos los cerebros y de todos los corazones.

Para que España no vuelva a los malos pasos. Para que los españoles se acostumbren a convivir como compañeros de la misma fatiga diaria. Los treinta años de paz vivida servirán de nada, si no implican la paz del futuro. Y para ello la paz ha de encarnar y tomar cuerpo y consistencia en todos y cada uno de los españoles. Sobre todo en los españoles que no conocieron la guerra y están llamados a coronar y rebasar el año 2000.

mi consejo... Del Gobierno que presidió en febrero del 36, ¿sabe usted cuántos ministros han quedado en España? Dos: Casares y Giral. De los embajadores políticos que yo nombré, solamente uno, al cesar en el cargo, ha venido a Valencia a saludar al presidente de la República y ponerse a las órdenes del Gobierno Diez Canedo".

Más adelante, en la misma página, confiesa Azaña: "La victoria es una ilusión. Hay que defendarse, y mientras tanto procurar que no perdamos la guerra en el exterior. Ahí está todo".

Mientras, Azaña mandaba a morir a los frentes a miles de españoles. No creía en la victoria, pero había que prolongar la guerra por si llegase un "milagro" del exterior.

LAS ILUSIONES DEL DOCTOR NEGRIN

Otro que quería más sangre era el presidente del Gobierno, doctor Negrín. Sublevado el coronel Casado en Madrid, perdida Cataluña, ganada prácticamente la guerra por Franco, el doctor Negrín, al ponerse a salvo en Francia, daba esta orden en París a los que él consideraba como "Gobierno republicano": "Es preciso que ustedes hagan saber a todo el mundo que hay que seguir como si el Gobierno estuviese ahí". Ahí era España.

Cuenta esa orden el que fue ministro de la Gobernación en varios Gobiernos rojos y director del periódico "El Socialista", Julián Zugazagoitia.

Por su parte, el ministro co-



El pueblo